

Barbara Proust Solomon
Los felices cuarenta
Barcelona, Seix Barral, 1999, páxs. 139-148

Cada domingo los guardias llevaban a los internados en Cuelgamuros en camión a los oficios religiosos que se celebraban en el monasterio de El Escorial. A través de la novia de Manolo, Paco tenía calculado el momento exacto en que los presos estarían en la fila que iba a la iglesia. Manolo y Nicolás tenían que separarse de la formación al llegar al final de una calle que se bifurcaba en dos direcciones y echar a andar rápidamente hacia nuestro coche. Si conseguían llegar a él, la verdadera dificultad estribaría en salir de la ciudad de El Escorial, que estaba rodeado por la Guardia Civil, y luego, por supuesto, quedaba el problema de salir de España para entrar en Francia. Se suponía que debía también venir un tercer preso, que compartía la celda con ellos, pero al final tuvo miedo.

Por la mañana, mientras íbamos en el coche hacia El Escorial, Paco nos largó una extensa conferencia sobre Carlos V y su pasión por los relojes.

-Serías un magnífico guía turístico -musité.

-Chitón -replicó él dulcemente.

Y en el monasterio, adonde teníamos planeado llegar temprano y hacernos pasar por turistas hasta que llegase el momento exacto de recoger a los fugados, Paco, implacable, nos atiborró la cabeza de historia de España, de pe a pa -tumbas, relojes, reyes, imperios, colonias-, mientras durante una larga hora nos guió por los patios y pasadizos, blancos y desérticos, y el húmedo, malsano cementerio del Sacro Imperio Romano. Finalmente se separó de nosotros, diciéndonos que empezásemos a caminar hacia el coche al cabo de diez minutos exactos, pusiéramos el motor en marcha y, pasara lo que pasara, no nos detuviéramos. No recuerdo que me sintiera asustada. Transcurridos aquellos diez minutos largos, interminables, cruzamos el patio en dirección al coche. y bajo la blanca luminosidad de las primeras horas de aquella mañana, mientras El Escorial proyectaba largas y negras sombras sobre la calle, vi a Paco, que, sonriendo, tranquilamente, doblaba la esquina. Pusimos el motor en marcha y al cabo de unos momentos entró con otros dos, aunque no conservo un recuerdo fiel de Nicolás o Manolo en aquellos primeros instantes, ni de cómo se lo hicieron para llegar al coche. Recuerdo que pasamos junto a los guardias, que justo en aquel momento bajaban por una de las calles, en dirección opuesta a la que llevábamos nosotros, con un camión lleno de presos. Eran los guardias que habían escoltado a Nicolás y Manolo a la iglesia y al pasar velozmente por su lado, hicieron gesto de esquivarnos.

Más tarde Nicolás me contó que él y Manolo se metieron corriendo en el coche casi en el mismo instante en que los guardias bajaban ruidosamente por la calle y pasábamos zumbando junto a ellos. Se quedó cortado al ver que en el coche había dos muchachas americanas, dos botellas de whisky escocés y, de hecho, que había de todo, según él mismo dijo, excepto la bandera americana ondeando en el coche.

Paco no le dijo nada sobre el asunto de Amit y las otras cosas que él estaba haciendo en aquellos momentos. Lo único que Nicolás sabía era que Paco era un viejo compañero de clase, que pertenecía a la FUE, y cuando le dijo que podía sacarlos de allí si ellos conseguían dar el esquinazo a sus guardianes, Nicolás, que ya se había visto envuelto en un intento de fuga -mucho más complicado que el nuestro, ya que habían tenido que cavar túneles- que acabó en el fracaso, decidió que no tenía el menor deseo de pasarse la

vida pudriéndose en una celda, por lo que valía la pena correr el riesgo. Así que él y Manolo probaron a ver qué tal les salía.

Según el plan, debíamos fingir que éramos un par de chicas americanas y varios señoritos españoles que daban un alocado paseo en coche. Por aquel entonces, los españoles tenían a las chicas extranjeras por inmorales, propensas a comportarse estrafalariamente, y con eso contaba Paco. La empresa era tan visiblemente loca, ilógica, tan llena de riesgos insensatos, que su éxito estaba casi garantizado. Manolo se quedó horrorizado al ver que, por añadidura, habíamos rellenado su asiento con el material de propaganda que estábamos esparciendo por toda España.

Mientras seguíamos conduciendo, se despojaron rápidamente de sus ropas de presidiario y se enfundaron los trajes que les había mandado la novia de Manolo. Tuvimos que dar la vuelta y regresar a los alrededores de Madrid. Les vi mirar con los ojos muy abiertos las calles de la ciudad. Probablemente nunca volverían a verlas. Así que dije:

-París es extraordinario, ya lo veréis.

-Eso dicen -contestó Nicolás.

Echaron una mirada hacia atrás y luego nos dirigimos a Barcelona.

Estábamos de buen humor, lo que tal vez era la única solución. De conducir el coche nos encargamos solamente Barbara y yo. Ninguna de las dos era una conductora excelente' pero durante aquel día y la consiguiente noche, recorriendo las peores carreteras que quepa imaginarse, cruzando las empinadas montañas que hay entre Madrid y Barcelona, aprendimos de prisa. La Guardia Civil nos hacía parar con frecuencia, por pura rutina, y nos metían los fusiles ante las narices mientras comprobaban nuestros papeles. Cuando veían el whisky y demás indicios de que éramos turistas, nos hacían seña de que siguiéramos adelante. Su presencia ponía nerviosos a Nicolás y Manolo. Así que nos pusimos a cantar, a narrar historias, más que nada para no dormirnos, y le hice a Paco la observación de que estaba sorprendida al ver que España se parecía al Far West americano, que yo había visto por cortesía de la Metro Goldwyn Mayer. Entonces me dijo que durante toda la guerra civil había estado jugando a cowboys e indios con su hermano y su hermana.

-¿De veras? ¿A cowboys e indios? -dije, convencida hasta entonces de que aquel juego era nuestro, de los americanos-. ¿Durante la guerra civil?

-Mi hermana era el indio -replicó él, como si eso lo dejase todo explicado.

Seguimos cruzando montañas. No teníamos idea de si estábamos a salvo o si, por el contrario, habían tomado nota de la matrícula del coche y nos podían atrapar en cualquier momento. No había forma de conocer con certeza cuál era nuestra verdadera situación. Entonces el coche sufrió una avería en la cumbre de una montaña tan escarpada que hasta parecía imposible que de verdad existiera. Paco se puso a soltar tacos. Cogió una piedra y empezó a golpear el coche; luego se metió debajo y siguió golpeando mientras los demás nos sentábamos en la cuneta.

«Él es capaz de hacerlo funcionar -pensé-o Aunque ni siquiera sabe conducir, le bastará esa piedra para hacer que ese trasto de hojalata funcione.»

El coche se puso en marcha de nuevo. Eso me llegó al corazón como jamás me había llegado Karl Marx, como ni siquiera nuestro Jean-Paul Sartre jamás me había conmovido. Pensé:

«No hagas caso de sus discursos sobre el cosmos, la existencia y la ideología. Lo que importa es que Paco es capaz de hacer que el maldito trasto funcione atizándole con una piedra.»

Yo era americana y siempre me había mostrado descuidada con las cosas, tratando los bienes como si fuesen basura que se tira al cubo y basta, arrojando por ahí lo que me pertenecía sin importarme adónde iba a parar. Lo que soy yo, no habría conseguido que nada funcionase con una simple piedra. Eso me dio que pensar.

Alrededor de la medianoche tuvimos que detenernos para comer algo. El territorio que estábamos atravesando era un verdadero desierto y raras veces se veía alguna población. Paco escogió un parador muy caro, propiedad del gobierno, que tenía fama por el panorama montañoso que desde él se divisaba. No bien hubimos entrado en el comedor, Paco, Nicolás y Manolo se transformaron automáticamente en verdaderos señoritos madrileños, mimados y haraganes. Mucho dar palmadas y chasquear los dedos llamando a los camareros, como hacían esos señoritos de Madrid que parecen haber sido creados para hacer que el camarero rechine los dientes, preso de una furia apenas contenida. Se pusieron a estudiar el menú y la carta de vinos con cara de indiferencia. Cuando Barbara y yo insinuamos que, dado que queríamos llegar a Barcelona cuanto antes, podíamos saltarnos unos cuantos platos del menú, nos contestaron preguntándonos si lo que queríamos era que nos tomaran por bichos raros, llamar la atención y despertar sospechas.

-Despacio, despacio -dijo Nicolás-. La policía tiene que cenar, nosotros tenemos que cenar. Ellos no se apresuran, pues nosotros tampoco nos damos prisa.

A Barbara y a mí no nos quedó elección. Nos dispusimos a despachar una cena de seis cubiertos y dos horas de duración. Pensé en el bueno de Humphrey Bogart:

-Pastrami con centeno, café solo y que sea rápido -habría dicho en tono brusco.

Nosotros nos lo tomamos con calma. El paisaje era espléndido.

Aquél era el último sitio donde podíamos pararnos antes de llegar a Barcelona. Conducir entre montañas y de noche resultó duro. Nos entró sueño. Paco me contó unas cuantas anécdotas graciosas más. Yo tenía miedo de que se me cerrasen los ojos y nos despeñásemos todos. Por un pelo nos libramos de ello una vez. Paco se puso a cantar una canción que había sido popular en el Madrid de los años veinte. Se titula *Pichi* y trata de un chulo madrileño, de Victoria Kent (una famosa socialista), de Wallace Beery y del *cold cream*. La letra era muy divertida. Cerca de Lérida nos equivocamos de carretera, lo que fue una suerte, aunque resultara más largo, ya que entramos en Barcelona por el sur, juntándonos con el tráfico de primera hora de la mañana del lunes que regresaba a la ciudad después del fin de semana. Así pasamos más desapercibidos ante la policía. Finalmente debí dormirme sobre el volante. Cuando desperté, estábamos en la costa de Garraf, un sol radiante caía de plano sobre el coche y entrábamos ya en Barcelona. Paco manejaba el volante mientras yo apretaba con el pie el pedal del acelerador. Bajé la vista hacia el Mediterráneo. Era la primera vez que lo veía.

Cansados por el viaje, decidimos que las dos chicas podíamos correr el riesgo de hospedarnos en un hotel del Barrio Chino, que era un barrio charro de Barcelona. Una muchacha catalana escondió a Paco, Manolo y Nicolás en su pensión del mismo barrio. Nicolás y Manolo habían hecho el viaje un poco aturridos, reaccionando con lentitud. Ahora se fijaban en el tamaño y la forma de las cosas y daban la impresión de sentirse muy desorientados por cuanto les rodeaba. El comportamiento de Barbara estaba entre los dos extremos. Hacía el papel de observadora serena y algo confundida, mientras que

Paco y yo nos hallábamos en el otro extremo, llenos de una energía propia de maniáticos. Dejamos a los otros durmiendo y dimos un paseo en coche hasta la cumbre de una montaña que hay cerca de Barcelona, luego nos fuimos a ver todos los edificios notables: la iglesia de la Sagrada Familia y el Parque Güell de Gaudí, y la catedral. Nos sentíamos desasosegados, rebosantes de estímulos, vivos.

Aquella tarde nos entrevistamos en un café con nuestro único contacto con el movimiento clandestino, el cual tenía que facilitarnos un guía para que Nicolás y Manolo cruzaran las montañas y entrasen en Francia. El hombre nos miró con cara de alarma y dijo entre dientes que el guía había desaparecido. Si esperábamos un poco) trataría de conseguirmos otro. Pero dijo también que se había registrado una oleada de detenciones y que Barcelona no era una ciudad segura. Saltaba a la vista que no quería hacerse cargo de parte de nuestras revistas revolucionarias y folletos propagandísticos y que para él los dos fugados eran dinamita. Sacamos la conclusión de que la organización clandestina resultaba demasiado arriesgada para nosotros y que lo mejor era salir cuanto antes de Barcelona) como fuese) y probar suerte por nuestra propia cuenta. Nos compramos un mapa. Sugerí que Manolo y Nicolás comprasen una brújula y se llevasen bocadillos) ya que debían cruzar las montañas a pie. Me contestaron que me estaba comportando de forma demasiado americana. Paco me preguntó si) en mi opinión) lograríamos atravesar los controles de carretera llevando a Nicolás y Manolo. Le dije que suponía que sí) que «ya pensaríamos en algo». Nos hizo prometer a las dos que no trataríamos de «salvar a nadie» si algo salía mal.

Nos deshicimos de las revistas y folletos que nos quedaban dejándolos en casa de un primo de Paco y a él le dejamos en las cercanías de Barcelona) en Arenys de Mar) donde quería buscar la casa de su padre) una torre semirruinosa cerca del mar donde su abuelo) ya anciano) vivía solo. Allí le dejamos) en la carretera. Nos despidió agitando una mano y seguimos adelante. Durante la noche cruzamos las montañas cerca de Puigcerdá. Tras dejar a nuestras espaldas el tercer control de carretera) aminoramos la marcha para que Nicolás y Manolo pudiesen saltar del coche y quedamos en que nos reuniríamos con ellos en el lado francés de la frontera. Titubearon unos instantes. Manolo quería darnos el dinero que llevaba.

-Es ilegal cruzar la frontera con pesetas -dijo.

-¡Ilegal llevar pesetas! –exclamé, asombrada ante su deseo de respetar la ley. ¡Todo el condenado asunto es ilegal!

Barbara no dejaba de apremiarles para que saltasen. Finalmente lo hicieron, mientras nosotras seguíamos en dirección al último control que había antes de llegar a Francia. El problema que con él se nos presentaba consistía en que los guardias anotaban en un papel el número de ocupantes del vehículo y, como era natural, al finalizar el viaje el número debía ser el mismo que al comenzarlo. Al llegar al control, cuando el guardia nos pidió el papel, Barbara y yo dijimos sencillamente que lo habíamos perdido. El hombre farfulló no sé qué sobre chicas americanas que se emborrachaban y eso fue todo. De hecho, no eran lo que se dice muy eficientes. Habían anotado mi nombre en el papel copiando del pasaporte y heme aquí rebautizada con el nombre de Miss Westport Connecticut.

Pese a que debería haber resultado sencillo, pasar por la aduana española fue difícil. El jefe de la aduana nos llamó a las dos a su despacho. Se veía claramente que era más inteligente que el guardia de carreteras. Conocía nuestro itinerario, ya que en aquellos días la policía hacía constar todas las paradas en hoteles, con el correspondiente sello de goma, en el tríptico: dos semanas en un hotel de Madrid, de Madrid a Barcelona en un

tiempo casi imposible, una noche en un hotel de Barcelona, luego un viaje zigzagueante hasta Puigcerdá. Simplemente no lo veía claro. Durante varias horas nos estuvo interrogando coléricamente, en aquel despacho suyo donde, aparte de un impresionante despliegue de fusiles, no había nada más que nosotras, él y guardias, muchos guardias. Su impaciencia era la del hombre que no sabe a ciencia cierta qué es lo que anda buscando y nos amenazó veladamente con encerrarnos en el calabozo.

Creo que acabó sacando la conclusión de que estábamos metidas en el tráfico de pesetas. Bueno, mejor en el de pesetas que en el de fugados de la cárcel. De todas formas, me preocupaba un poco la posibilidad de que hiciera registrar el coche, ya que un registro concienzudo les hubiese mostrado que al asiento de atrás le faltaban los muelles. Nos informó de que no habíamos cambiado la cantidad imprescindible de pesetas e insistió en que debíamos hacer efectivos nuestros cheques de viaje y dejarlos allí. Me figuré que cualquier turista de verdad se habría puesto furioso en nuestro lugar, de modo que estuvimos discutiendo un rato. Sugirió que mandásemos las pesetas por correo a algún amigo de Madrid, pero yo le dije que no conocíamos a nadie a quien pudiéramos enviárselas. Nos miró de pies a cabeza, meticulosamente.

-Por fuerza tienen que conocer a alguien que puede aprovecharlas. ¿No?

Le dijimos que no con la cabeza. Finalmente acordamos remitirlas a nuestro propio nombre y a la atención de la agencia Thomas Cook de Madrid. Nos entregó un sobre, nos dio un recibo, escribimos nuestros nombres en el sobre y nos dejó pasar a Bourg-Madame, Francia.

Más adelante Paco comentaría, bromeando, que mi modo natural de no contestar nunca directamente ninguna pregunta con algo más que un simple «bueno, ya sabe a qué me refiero ... » y de parecer siempre que me encontraba en otro mundo resultaba absolutamente maravilloso para las actividades revolucionarias.

-Señor, si alguna de vosotras llega a ser una especie de Rosa Luxemburg joven, vehemente, con firmes principios políticos y bigotes, habríamos ido a parar todos a la cárcel en menos que canta un gallo.

Una vez en Francia y según lo acordado, esperamos en un pueblecito de las montañas llamado Osseja; tres días estuvimos esperando, con el coche aparcado de cara a los Pirineos, pero ni rastro de Manolo o de Nicolás. Tal vez éramos los primeros súbditos americanos que ponían los pies en aquel pueblo. Aunque ya hacía varios años que había terminado la guerra) algunas mujeres y chiquillos se burlaban constantemente de nosotras y chillaban:

-Les Amer-loks! La guerre! Yanquee, Yanquee!

No se cansaban de señalarnos con el dedo al tiempo que se reían disimuladamente y una mañana nos encontramos con que habían pintado la palabra YANQUEE en toda la carrocería del Peugeot, que estaba aparcado en la plaza. Fuimos a pie hasta el mismo borde de los Pirineos: ni rastro de Manolo y Nicolás. Nos resistimos al impulso de volver a las montañas y buscarles. Nos sentíamos impotentes, así que finalmente telefoneamos a París. Los jóvenes exiliados nos dieron una dirección de Perpiñán.

